
CRISIS DE PARTIDOS Y CRISIS DE MOVIMIENTOS

Rossana Rossanda

análisis y debate



2

1. Crisis de la forma-partido.

Tanto en Occidente como en los países del Este es manifiesta la crisis que están sufriendo los partidos políticos. Estos, naturalmente, no desaparecen, y tal vez sea entonces más correcto hablar de decadencia. Pero si se piensa —más allá de la permanencia institucional— en su creatividad, producción de ideas, capacidad de representar y estimular necesidades de masas, se puede hablar de crisis en sentido estricto.

Esta crisis es evidente sobre todo en los partidos obreros, y, en particular, en los partidos comunistas, por dos motivos. Primero, porque el partido nacido de la II y III Internacionales se ha convertido en el modelo de partido en el curso de este siglo. Segundo, porque el partido «de masas», que se considera revolucionario, es el que más se ve atacado por el cambio de su propia base social y por una pérdida de representatividad no meramente simbólica.

Esta decadencia tiene sus fechas. La más clara y representativa es 1968. Hay partidos socialistas o comunistas que desaparecieron mucho antes, pero la «forma-partido» ha sido puesta en discusión sólo a partir de este momento, tanto en el occidente maduro, donde existe una fuerte tradición obrera y de partido, como en China. Los aspectos que definen esta crisis aparecen en una controversia, que surge ahora por primera vez, por parte de los estudiantes y sectores avanzados de la clase obrera. Los contenidos de la crítica se pueden resumir esquemáticamente en el rechazo a dar poderes ni al propio partido (ni siquiera al «propio» Estado), vividos como «otros» respecto a la nueva subjetividad de los agentes sociales.

Por primera vez, los partidos son vistos como frutos ambiguos del sistema capitalista de producción y de sus formas estatales, aunque ellos se conciban, y en un período lo han sido realmente, como sus enemigos mortales.

Presumiblemente, esta nueva subjetividad, que ya no acepta ser gregaria, nace del proceso de alfabetización que se ha producido a escala mundial en los años sesenta, a través del desarrollo excepcional de la escolarización y la socialización de los medios de información. Se ha producido un triple cortocircuito: la expulsión de las «masas», ya no como sujeto, en su esencia, «de serie», sino como un conjunto de individuos y de grupos más complejos y más exigentes; la conciencia de un límite muy próximo a alcanzar respecto a las exigencias de promoción y a las otras «necesidades» producidas por la alfabetización y por la politización y, por tanto, el final de una posible integración de masa; y la circulación de los mensajes lanzados por las «zonas de tempestad revolucionaria» (Marx, Mao, Marcuse, Ho-Chi-Minh, «Che» Guevara).

Este hecho no es, en sentido restringido, del todo nuevo. Sí lo es, en cambio, el tomar conciencia de él. La tesis marcusiana sobre el protagonismo de los marginados me parece útil sólo en este sentido: los sujetos, en otros tiempos elementos centrales en la producción capitalista o en la reproducción del Estado (clase obrera y estudiantes, cuadros de la nueva clase dirigente o de la vieja que se renueva), se encuentran de pronto no representados por el modelo político dominante, ni por sus formas, ni por los contenidos de agregación propuestos por su partido (o por su partido-Estado, o por su Estado). Cuando aumenta la diferencia entre la formación del sujeto y su integración en un circuito social y político capaz de satisfacerlo, se puede hablar de una «marginalización» creciente de los sectores «agudos» de la subjetividad social.

La crisis de los partidos se conecta a la crisis del «Estado social», acentuada a su vez por la crisis económica de los años sesenta. Respecto a la naturaleza de esta última, damos por descontado que también ella es un producto que, al menos, está fuertemente condicionada por la existencia de «Estados sociales» en las zonas industriales fuertes, y por la ideología de un super-Estado social, como ha sido la ideología neo-capitalista, neo-colonialista y, en gran parte, del Norte-Sur (subdesarrollo, política de ayudas, etc.) en la postguerra.

Quiero, sobre todo, subrayar que la decadencia de la «forma-partido» está estrechamente ligada a la decadencia de la forma-Estado, y más precisamente a la decadencia de toda ideología «progresista» del Estado. Todos los partidos (ya acepten las normas democráticas, ya se propongan destruirlas, y hasta en el caso extremo de formaciones terroristas organizadas en «partidos clandestinos») se forman como Estado nuevo, Estado «in nuce»: así, la tesis marxista sobre la desaparición del Estado resurge a duras penas a finales de los años sesenta, coincidiendo exactamente con la crisis de los partidos. En los partidos obreros este estado «in nuce» está modelado sobre el adversario, no sólo por un límite de imaginación social (¿cómo otro Estado?), sino en función del rol que un parti-

do, incluido el obrero, parece llamado a desarrollar en un país moderno, o modernizado: el sistema de democracia representativa, estructurando los partidos como conjuntos periódicamente destinados a la búsqueda del consenso electoral en el marco institucional dado, determina la forma de organización y, en buena medida, la ideología real.

El mismo partido comunista, que también a menudo es atacado por la derecha por su «variedad», refleja hasta en su estructura leninista un sistema de representación heredado del Estado moderno, que corrige (centralización del momento decisivo y la disciplina que de él se deriva) con el modelo «militar» también heredado de él: el pretexto es ser un partido «en guerra», llamado a producir una transformación global, por tanto, blanco permanente para el enemigo. (No hace falta subrayar que a medida que los partidos comunistas aceptan el método de la alternativa y borran la idea de revolución este régimen interno pierde legitimidad: en efecto, la crítica del centralismo democrático es la primera manifestación de crisis de los partidos comunistas occidentales, y asume una forma poco clara a partir del 56.)

Los problemas impuestos por la crisis de la «forma-partido» exigen análisis muy complejos. Me limito a indicar uno: la identificación del «ciudadano» en el Estado es un proceso relativamente moderno, que se cumple en el curso de estas décadas (también los revolucionarios se identifican en un Estado, futuro y «distinto»). Por tanto, ¿los partidos no reflejarían, no serían elementos funcionales en una participación política reducida de la sociedad, como la que se ha dado hasta ahora? Dejarían de ser vitales, por lo menos en su naturaleza de origen, en el momento en que las masas, como tales, se volverían «vanguardia», darían una nueva dimensión al primado de la esfera política respecto a la denominada «sociedad civil», protestarían cualquier centralización de la voluntad y de las decisiones. La apertura de la forma-partido (que, como tal, siempre es vanguardia, cuerpo separado) ocurriría, en particular, cuando una conjunción armoniosa, o una dialéctica armoniosa entre «masa y poder» (como la concebida en Italia por la izquierda comunista) fuera incapaz de construirse, en cualquier condición, dentro de la forma-Estado.

2. *¿Crisis de los movimientos?*

Existe también una crisis de los movimientos. Naturalmente, no desaparecen del todo; dejan, por el contrario, unos sedimentos que se distribuyen en forma molecular sobre el conjunto de la sociedad y de las instituciones, y se transforma luego en uno de los agentes de su crisis. Este proceso es muy evidente. Pero el «movimiento», entendido como una parte de la sociedad que se subleva, se modifica, pide un cambio, coagula grupos de personas a quienes ofrece un fin común en un marco febril y no institucional —una necesidad, en fin, que explota en presencia y acciones inmediatas— muere rápidamente, y no sin reflejos dramáticos y destructivos, tan importantes como los sedimentos producidos. Con más exactitud, ésta parece la característica (con excepción del movimiento de las mujeres) de los movimientos en los últimos veinte años.

Años 70, nuevos movimientos. El poder y la revolución.

Podemos proponer la tesis según la cual, hasta la mitad del siglo, los «movimientos» han tenido un doble carácter: se trataba o de las insurrecciones de franjas sociales atacadas por los procesos dominantes de cambio (las revoluciones campesinas), o de las apariciones de sujetos y necesidades que anticipaban —sobre todo a través de expresiones violentas— una tendencia dominante: destinados, por tanto, a ser partido, o parte de un partido ya existente, o bien objeto de «revolución pasiva». Las ideas que aportan son de tal naturaleza que las formas conocidas de la política y del Estado aún pueden asumirlos,

dilatándoles y modificándoles: sólo desaparece la forma original de su presencia, y con ella su radicalismo (en este sentido, una revolución pasiva nunca es total). Cualquiera que sea la revolución, rechazo o pregunta, el movimiento aparece, sobre todo, en el orden del día como una urgencia que otros deben resolver. A partir de los años setenta, los movimientos tienden a expresar sujetos y necesidades que los partidos, el Estado, el bloque social dominante no están en condición de negarse a absolverlos. Ninguna forma parece capaz de representarlos. A su vez, no parecen capaces de constituirse en instituciones, ni viejas ni nuevas; no consiguen volverse ni proyecto ni alternativa; como mucho, cultura, pero sin hegemonía. Desde entonces el movimiento crece y se frena, sin encontrar salidas, ni siquiera parciales; se pone rígido como contradicción presente o latente, herida visible o invisible de la sociedad, también principio de necrosis de algunos sectores sociales y políticos. Frente a esta falta de expresión, si así se le puede llamar, de ciertas necesidades, también el poder se pone rígido y padece procesos necróticos. (Este es el problema de la droga, de las revoluciones juveniles o de las bandas de barrio; el asunto del *terrorismo*; la rápida involución de la democracia en España, que ha llegado muy tarde y muy rápidamente a adquirir formas de rechazo a la política, como el abstenerse de votar, ya «maduras» en otros lugares).

¿Movimientos de izquierda, partidos de derecha y Estado fuerte?

La pregunta de fondo formulada por estos nuevos movimientos se puede expresar de la siguiente forma: ¿los partidos políticos de izquierda no consiguen representarlos debido a su regresión oportunista, «de derechas»? ¿o bien esta regresión refleja solamente (como la oscilación del Estado entre la centralización autoritaria y «mercado político» de las corporaciones, Estado «fuerte» o «frágil» pero siempre evasivo) la imposibilidad de las formas de la política, a través de las cuales se ha expresado hasta ahora el conflicto de recoger las necesidades implícitas de los movimientos? En el primer caso, el asunto dependería de una «corrección de línea», de la eventual «recapacitación» del partido, y una revolución, o una revolución pasiva, quedaría dentro del orden de las cosas posibles. En el segundo caso, tendríamos que enfrentarnos a la crisis radical de la forma política, que han constituido el Estado moderno y los partidos hasta hoy día. En este segundo caso, ¿hasta qué punto se puede afirmar que las formas políticas están obsoletas? Nos encontramos con la crisis del marxismo. ¿Es Marx un «perro muerto»? O, ¿lo son solamente el marxismo y los marxistas? Y, ¿en qué sentido? Es obvio que este «solamente» no es una palabra vacía, sino llena de historia. Estaríamos en precario, una precariedad que sufre, infeliz, rica de empujones de fondo, de regresiones, de laceraciones.

Sindicato, feminismo, pacifistas.

La ofensiva de la reestructuración capitalista crea agresividad sobre todo, es decir, disloca tanto los sujetos como las necesidades. El marco cambia, vuelve a definir la doble crisis de partidos y movimientos ya delineándolos en fase de expansión social y política. El sindicato, este super-partido —en Italia por lo menos— es el más expuesto, como el movimiento obrero en sentido propio, y, por tanto, los empujones espontáneos más avanzados o «utópicos» están hoy en día en regresión en todas partes.

Se imponen dos reflexiones para dos movimientos que no entran en el esquema trazado. En primer lugar, el *nuevo feminismo*, que ya no existe como movimiento propiamente dicho, y aparentemente ha conseguido sólo acelerar la emancipación femenina contra los límites de los que se había rebelado; pero que persiste como contradicción, como cultura en sí, como ruptura de comunicación en el tejido político, social y familiar (fiebre de identidad de las mujeres).

En segundo lugar, están los recientes *movimientos pacifistas*. No sé si serán rápidamente reabsorbidos. Pero es cierto que han roto con las anteriores formas de movimiento, sobre todo el juvenil, en el sentido que no sólo no son violentos, sino que tampoco se conciben ni como antagonistas ni como minoritarios; al mismo tiempo, no se sienten representados por ningún partido (la única fuente reconocida es, como mucho, la academia). Su característica nueva es, si así podemos decirlo, una «politización» del «rechazo de la política», allí donde esta última está unida a la guerra.

3. *Consideraciones finales, pero precáreas.*

Es muy pronto para hacer una previsión. Al fin y al cabo, el divorcio entre partido y movimientos dura sólo, en Italia, desde hace cinco años, y no quiere decir que, en cierta medida y en plazo breve, este proceso no sea reversible. La fragilidad de los movimientos, el cansancio producido por el terrorismo y la pérdida de ilusiones del 68, por un lado; la derrota del denominado «ingreso de las masas en el Estado», por otro, podrían acercar a los movimientos sobre todo al PCI, si este último fuera arrastrado, por su crisis y su lucha interior, a abandonar tanto el compromiso histórico como la carrera de los socialistas en vista de una salida tipo neo-laborista (*lib-lab*, libre mercado mas «labour»). Desde que la «variedad» comunista, frente a Berlinguer, busca nuevamente una raíz en lo «social» —tentativa que parece surgir a primeros de diciembre de 1981— se puede decir que lo «social» no la rechaza: ha experimentado que, por sí solo, no llegaría a ninguna parte. Pero aquellos que volverían a dialogar serían los movimientos que han recapitado, y un PCI en fase de cambio; los grandes primados de lo político y de lo social, como han sido concebidos en esta última década, están ambos en rápida caída. Iríamos a una fase de reelaboración de la cual no es fácil imaginar los límites, la naturaleza, la salida.

Partidos obreros al gobierno y el nudo de la transición.

Por el momento, podemos afirmar que la crisis del partido obrero estalla en el momento de su entrada en el gobierno. Contrariamente a lo que dice Andreotti («el poder desgasta únicamente a quien lo tiene»), la izquierda es desgastada por el ejercicio del poder. Ha ocurrido en Chile y en Portugal, ha ocurrido en Italia aunque sea en condiciones muy distintas, y únicamente un aplastante aparato represivo evita su clamorosa manifestación en los países del Este. De algún modo, la ola que ha llevado a los partidos obreros al gobierno obtiene de los mismos la contestación a la pregunta que alimentaba. Las contradicciones que la izquierda debía introducir en el sistema productivo y en el aparato estatal capitalista se resuelven en su seno, hasta que sistema productivo y Estado quedan, o vuelven a, ser como antes. Es obvio reconocer que este siglo ha conocido sólo una relación de producción (con cambios relativos a las relaciones de propiedad de los medios de producción, y a sus superestructuras) y dos formas de Estado: *el Estado parlamentario burgués*, oscilante entre «revolución pasiva» y tentaciones autoritarias, y *el Estado estalinista* (con sus versiones «progresistas» en el tercer mundo).

Masa y poder, individuos y poder.

En primer lugar, resulta que los conceptos suficientes para alimentar una cultura de oposición no lo son para alimentar una cultura y una práctica de la transición, pues sus límites (o errores de base) se vuelven mayores en el momento de la entrada al gobierno; en segundo lugar, hace falta revisar seriamente la idea de Estado (la izquierda oscilante

entre un antiestatalismo sencillo, y un estatalismo forzado pero corregido por el fantasma de una autogestión de la cual no se sabe quién la hace ni en qué consiste) y la idea de socialismo, de transición al socialismo, de elementos de socialismo. Se trata de una revisión tanto teórica como histórica.

En cuanto a los movimientos, me parece que padecen una variación de fondo. Mientras, en el pasado, han representado un empuje espontáneo hacia una «totalización» capaz de superar lo político y lo institucional, hoy tienden a representar el radicalismo de determinados sectores de la sociedad, que no miran hacia ninguna generalización o que la rechazan. Esta variación tiene su origen en una plural composición de la sociedad, pero también en una forma nueva de relación —ésta probablemente irreversible— entre masa e individuo, en el sentido de que este último no considera ya a la masa en movimiento como algo que le confiere su identidad esencial. A su vez, esta nueva composición social nos remite a las crisis entrelazadas de la producción, del Estado y del partido, sacudidas entre expansión y recesión, keynesianismo y reaganismo, centralización y descentralización, planetarización del capital y tendencias nacionalistas. De ahí resulta una fragmentación que supera ampliamente la ruptura clásica entre «ocupados» y «desocupados». Sobre todo, también en fase de expansión, los «ocupados» varían bajo el empuje tecnológico, puesto que los «desocupados», con crisis o sin ella, asumen un status distinto en el Estado social. Una politización nueva choca con los «sectores transversales» de la sociedad, sus formas civiles, sus culturas, sus formas de relación, empezando por la contradicción hombre-mujer. Por todas partes, la superación de las formas de producción como «contradicción principal» es puesta en discusión.

El Marx total y la esperanza de las mil revoluciones.

Esta fragmentación de radicalismos incomunicables produce una cultura que se opone por definición a aquellas del movimiento obrero. El rechazo de toda generalización, en una lectura, un tanto rápida, de un Marx entendido como «totalizador» —como si en lugar de una crítica de la economía política hubiera fundado una antropología general— decreta el final del marxismo, y con ello el de una idea global de revolución. Esta cultura, tras un paso rápido por las subculturas de las revoluciones (cada uno la propia), llega hoy a la recuperación de la democracia clásica, modernizada por el americanismo: la sociedad no sería otra cosa que un conjunto de grupos de intereses, y el Estado —el único «no ideológico»— haría jugar todos los intereses para asegurarles un equilibrio estable, a su vez garantizado por una esfera política equilibrada por la alternativa. Es la teoría del «mercado político», que refunda la autonomía de la política como tensión hacia el «centro» por encima de cualquier base social.

¿Existe la referencia obrera para los nuevos movimientos?

La crisis de los partidos, abierta por una protesta radical de izquierda, se salda en primera instancia con el regreso al equilibrio de los poderes, el rechazo de cualquier transformación global. Los cambios no serían un cambio articulado, sino lo contrario del cambio, y este último está identificado con el «vulgo marxista», incapaz de comprender y resolver la ola de fondo de una sociedad moderna, y por consiguiente por su naturaleza mutiladora y represiva.

La pregunta que surge, entonces, es si, frente a una mundialización del capital —él no teme a la «totalización»—, se pueden imaginar procesos de liberación, inclusive parciales, sin recurrir a un proyecto unificado por el cambio. No es convincente la contesta-

ción según la cual un proyecto de bloque histórico y de revolución —la tradición marxista— sería desmentido porque reflejaría una concepción lineal del proceso social. Es probablemente cierto que la noción de sistema permite individualizar mejor un campo complejo y articulado: el capital mismo se presenta más como un modelo de sistema que como un modelo lineal. Pero cada sistema tiene su eje, su centro de gravedad: desde los años treinta, en efecto, el Estado tiende a constituirse en baricentro, tanto «en apariencia» como incorporándose al proceso de producción y de reproducción. Pero esto no significa que sería el equilibrador de distintas escalas o poderes, puestos en el mismo plano: ya que cada Estado privilegia poderes, agentes sociales, modelos de relaciones sociales, reenviándose, pues, a una unión profunda con el baricentro real (material-real) del sistema político-social en su conjunto.

Ahora, la verdadera pregunta es: ¿cuál es el centro de gravedad para aquellos que niegan la centralidad obrera (que no es sociológica, es una imagen del centralismo del modo y de la relación de producción respecto a las múltiples formaciones sociales e ideológicas que se unen y se contradicen alrededor y dentro de sí mismas)? O bien, en un sistema desprovisto de este punto de referencia, ¿de dónde viene el movimiento, cómo se forma la necesidad de cambio, qué es lo que realmente tiene que ser cambiado?

Y para aquellos que todavía consideran central la relación y el modo de producción, ¿en qué sentido esto ha sido modificado, o ha modificado la sociedad, después de un siglo de movimiento obrero, en el actual escenario internacional, en el cual uno de los polos es el «socialismo real», y frente a una modificación radical de las subjetividades y de los mismos sujetos?

Sin estas preguntas y sin un intento de contestación, también el problema de la doble crisis de los partidos y de los movimientos no iría más allá del horizonte de una «descripción» más o menos ideologizada.

Este texto es un resumen de la intervención de Rossana Rossanda en el congreso internacional en memoria de Nikos Poulantzas, organizado en París por la Universidad de Saint Denis, en diciembre de 1981.
